

Las personas

Geometría del sexo

Partiendo de un triángulo
que a veces cometemos
y lo mismo nos sirve de Dios que de futuro,
cuando no ya de oscuro
pozo donde bebemos,
pues sumado a una línea de tendencia infinita
recompone la eterna encrucijada
—no sin antes herirnos la mirada—,
y me cerca, y te cita,
y el fragor de los tiempos resucita...
Partiendo del triángulo glorioso,
hemos llegado al signo más presente
tan vivos y amorosos,
tan próximos a todo lo naciente,
que nos extraña haber sobrevivido
a ejércitos de bocas sin sentido,
y haber luchado en ellas por apresarle al mundo
su enigma más profundo,
y todo, todo, todo, partiendo de un triángulo.
Ay, amor, más que puros, trascendentes o éticos,
tú y yo, somos geométricos.

El Dios futuro

No hablemos de Él, mejor hablemos de ello:
lo anhelado y posible, pero ausente.

Lo eterno, lo magnífico, lo bello,
eso que no se ve, pero se siente.
La luz que disfrazada de añoranza
resplandece en la noche penetrante,
pero jamás estuvo, ni se alcanza,
porque siempre camina por delante.
Es lo próximo ya, lo ya futuro.
Con su ayuda aterrizan los aviones
y el fruto pende, trágico y maduro,
sobre la espuma de los corazones.
Algo así, prefiramos que no exista.
Ojalá no llegara todavía.
Hagámoslo sublime y anarquista,
ebrio de amor, borracho de poesía.
Verbo será, y amigo de las olas
allá en su matemática hermosura,
si no culminación de estarse a solas
y elogio del placer y la locura.
Te hará vivir, y acaso preguntarte
cuándo vendrá, qué espera de tu acento.
Y esa duda será palabra y arte
con que forjarle a un dios el pensamiento.
Celebralo, pues ya tardar no puede,
pero dale algo más: te necesita.
Y exprímeme, no más porque se quede
tu vida en él, y tu esperanza escrita.

Las personas

Hay algo misterioso en las personas.
Cuando en verdad son tuyas, y las amas,
algo cálido brota de sus cuerpos,
y es como si brillaran.
Y es como si brillaran en la oscura
habitación de puertas condenadas
como asoma el Lucero a las tinieblas
para anunciar el alba.
Te levantas y pueblan la cocina
con su infinito aroma de lavanda
y vas de su sonrisa al pan tostado,

y del zumo al calor de su mirada,
y sí te miran, ya no estás tan solo,
y recuerdas quién eres, cuando te hablan,
y han bajado a comprarte los periódicos,
y el café se hace rito en cada taza,
y hay algo tonto en esa pesadilla
de una casa embrujada
donde no estaban ellos para verte
vencerle al miedo todas las batallas.
Pero siempre estuvieron, y hasta entienden
un poco de lo mucho que te pasa
y por qué a veces lloras por la noche,
cuando la luz se apaga,
y entonces, más que nunca, necesitas
llevártelos a todos a la cama
para ahuyentar la muerte con sus besos
y saciarte de amor con sus palabras.
Están, y es lo más dulce que te ocurre.
Existen, y te basta.
Hay algo misterioso en las personas:
pudiera ser el alma.

Manuela

Quién tuviera, Manuela, tu acechante mirada,
tu golpe de cadera, tu frescura insolente,
tu sonrisa lasciva, tu mano poderosa,
tu voz de cascabeles, que enamora el oído.
Quién llevase en la boca tu alegre carcajada,
y en la sangre, el rumor del agua transparente,
y en la pupila, el brillo de la piedra preciosa,
y en el pecho goloso, tu incesante latido.
Por ceñirme el cabello con tu cinta encarnada
y oler como tú hueles, a escarcha y a relente,
por hundirme en tu carne, donde el humo y la rosa
se disputan a besos tu cuerpo amanecido;
por ser negra, Manuela, y no temerle a nada,
y enarbolar al viento la flor de un continente,
y provenir de selvas y perfumes de diosa,
y haberme emancipado del yugo, y conseguido

ver al amo, vencido, llorar sobre mi almohada,
y seguirme los pasos por la arena crujiente,
y ofrecerme la luna para hacerme su esposa,
y amarme hasta perder el honor y el sentido.
Por saber que mi raza se alzar  liberada
contra el grillete infame, contra el desprecio hiriente,
y luchar por el triunfo de una causa gloriosa
por que morir, Manuela, y por que haber nacido;
sólo por ser quien eres, instintiva y sagrada,
por saberme terrible, p r sentirme inocente,
quizá sólo por eso, por ninguna otra cosa,
dar  lo que he sido.

La voz

A esa voz, a esa voz grandilocuente
que me acusa de todo y me anonada,
y a libre me prefiere amortajada,
y a feliz, rencorosa y obediente.

A esa voz ancestral que me desmiente
y no cuenta conmigo para nada,
y ve que me marchito, y no se apiada,
y sabe que me muero, y no lo siente.

A esa voz, eco y sombra de tiranos,
cuando triunfe el amor, cuando destruya
tanta ley sin razón, menos la tuya,

que es la que me consagra entre tus manos;
cuando tu amor me inunde, cuando estalle,
dile a esa voz antigua que se calle.

Laura Campmany